

LA NIÑA.

Se ha muerto (1).

LA MAESTRA.

¿Y por qué se ha muerto?

LA NIÑA.

Porque era viejo.

LA MAESTRA.

¿Pues qué se hace la gente vieja?

LA NIÑA.

Se muere.

LA MAESTRA.

¿Y tú, cuando seas vieja, cuando?...

LA NIÑA, *interrumpiéndola.*

¡Ah, señora! Yo no me quiero morir.

LA MAESTRA.

Hija mía, nadie se quiere morir, y todo el mundo se muere.

LA NIÑA.

¡Cómo! ¿También se ha de morir mi mamá?

LA MAESTRA.

Como todo el mundo. Las mujeres envejecen como los hombres, y la vejez lleva á la muerte.

LA NIÑA.

¿Qué se ha de hacer para envejecer muy tarde?

LA MAESTRA.

Vivir con cordura cuando somos mozos.

(1) La chica dirá esto porque lo ha oído decir; pero hay que cerciorarse de si tiene una idea verdadera de la muerte, porque no es tan sencilla esta idea, ni está tan al alcance de los niños como se cree. En el poemita de Abel de Gessner puede verse un ejemplo del modo cómo se le debe dar. Esta deliciosa obra respira una sencillez que hechiza, y en que no puede nunca empaparse lo suficiente quien haya de conversar con las criaturas.

LA NIÑA.

Señora, yo seré siempre cuerda.

LA MAESTRA.

Mejor para tí. ¿Pero en fin, crees que has de vivir siempre?

LA NIÑA.

Cuando sea muy vieja, muy vieja....

LA MAESTRA.

Adelante.

LA NIÑA.

Por fin, cuando una es tan vieja, dice V. que es preciso que se muera.

LA MAESTRA.

¿Con que te morirás al cabo?

LA NIÑA.

¡Ay! sí.

LA MAESTRA.

¿Quién vivía antes que tú?

LA NIÑA.

Mi padre y mi madre.

LA MAESTRA.

¿Quién vivía antes que ellos?

LA NIÑA.

Su padre y su madre.

LA MAESTRA.

¿Quién vivirá despues de tí?

LA NIÑA.

Mis hijos.

LA MAESTRA.

¿Y quién vivirá despues de ellos?

LA NIÑA.

Sus hijos, etc.

Siguiendo esta senda, se halla por inducciones sensibles un principio y un fin al linage humano, como á todas las cosas, esto es, un padre y una madre que no tuvieron ni padre ni madre, y unos hijos que no tendrán hijos (1).

Solo después de una dilatada série de preguntas análogas, estará bastantemente preparada la del catecismo de que hemos hecho mencion. Pero desde aquí hasta la respuesta á la pregunta *¿quién es Dios?*, que es, por decirlo así, la definición de la divina esencia, ¡qué inmenso salto! ¿Cuándo se llenará este intervalo? ¡Dios es un espíritu! ¿Y qué es el espíritu? ¿Iré á meter el de una criatura en esa oscura metafísica que con tanta dificultad penetran los hombres? No toca á una niña resolver estas cuestiones; cuando mas le tocara proponerlas. Entonces le respondiera con sencillez: «Me preguntas, ¿qué es Dios? y no es fácil decírtelo: no podemos oírle, verle, ni tocarle; solo por sus obras le conocemos. Espera á saber lo que ha hecho, para juzgar de lo que es.»

Si todos nuestros dogmas, son igualmente ciertos no por eso son igualmente importantes. Muy indiferente es para la gloria de Dios que nos sea conocida en todo; pero á la sociedad humana y á cada uno de sus miembros importa que todo hombre conozca y desempeñe las obligaciones que la ley de Dios le impone para con su prójimo y para consigo mismo. Esto es lo que sin cesar debemos enseñarnos unos á otros, y en esto sobre todo están obligados los padres y madres á instruir á sus hijos. Que sea una virgen madre de su criador; que haya parido á Dios, ó meramente á un hombre con quien se unió Dios; que sea una misma la sustancia del padre y del hijo, ó que solo sea semejante; que proceda el espíritu de uno de los dos que son lo mismo, ó de ambos juntamente; no veo por qué ha de importar mas al género humano la decision de estas cuestiones, en la apariencia importantes, que el saber qué día de la luna

(1) La idea de la eternidad no se puede aplicar á las generaciones humanas sin que lo repugne el entendimiento. Toda sucesion numérica, reducida al acto, es incompatible con esta idea.

se ha de celebrar la pascua, si se ha de rezar el rosario, ayunar, comer de pescado, hablar latin ó castellano en la iglesia, pintar imágenes en los cuadros y paredes, oír ó decir misa, y no tener mujer propia. Piense cada uno acerca de todo esto como le parezca: no sé en qué puede interesar á los demás; á mí para nada me interesa. Mas lo que á mí y á todos mis semejantes nos importa, es que sepa cada uno que existe un árbitro de la suerte de los humanos, cuyos hijos somos todos, que á todos nos prescribe que seamos justos, que nos amemos unos á otros, que seamos benéficos y misericordiosos, que cumplamos nuestras palabras con todo el mundo, aunque sea con nuestros enemigos y los suyos; que nada es la aparente felicidad de esta vida; que después de esta hay otra, en la cual el Ser supremo será remunerador de los buenos y juez de los malos. Estos y otros dogmas semejantes son los que importa enseñar á la juventud y persuadir á todos los ciudadanos: el que los impugna sin duda merece ser castigado, porque es perturbador del orden y enemigo de la sociedad. El que va mas adelante, y pretende sujetarnos á sus opiniones particulares, llega al mismo paradero por opuesto camino: por establecer á su modo el orden, perturba la paz; con su temeraria soberbia, se constituye intérprete de la divinidad, exige en nombre suyos los homenajes y respetos humanos, se hace Dios, poniéndose cuanto le es dado, en su lugar; y debiera ser castigado como sacrilego, aun cuando á fuer de intolerante no lo fuese.

Abandonad, por tanto, todos esos misteriosos dogmas que para nosotros solo son palabras sin ideas, todas esas estafalarias doctrinas, cuyo vano estudio suple á las virtudes en los que á ellas se entregan, y mas sirven para hacerlos locos que buenos. Mantened siempre á vuestros hijos en el estrecho círculo de los dogmas que tienen relacion con la moral; persuadidles que no hay para nosotros otra ciencia útil que la que nos enseña á obrar bien. No hagais teólogas ni argumentadoras á vuestras hijas; de las cosas del cielo enseñadles solamente aquellas que sirven para la humana sabiduria; acostumbra las á que se miren siempre ante los ojos de Dios, á que le tengan por testigo de sus acciones, de sus

pensamientos, de su virtud, de sus placeres; á obrar bien sin ostentacion, porque en ello se complace Dios; á padecer el mal sin murmurar, porque se le ha de resarcir; á ser, finalmente, todos los días de su vida lo que quisieran haber sido cuando en su presencia comparezcan. Esta es la verdadera religion, y la única que no sea capaz de abuso de impiedad ni de fanatismo. Prediquen cuánto quieran otras mas sublimes; yo por mí no conozco mas que esta.

En cuanto á lo demás, bueno es observar que hasta la edad en que se ilustra la razon, y en que el sentimiento naciente hace hablar la conciencia, lo que es bueno ó malo para las niñas es aquello que deciden las personas con quienes tratan. Lo que les mandan es bueno, lo que les prohíben es malo, y no deben saber mas: de donde se colige, cuánto mas importante todavía es para ellas que para los muchachos la buena eleccion de las personas que han de vivir en su compañía y tener en ellas alguna autoridad. Al fin llega la época en que empiezan á juzgar de las cosas por sí propias; y entonces es tiempo de variar el plan de su educacion.

Acaso hasta aqui he dicho demasiado. ¿A qué reduciremos á las mujeres, si no les dejamos otra ley que las preocupaciones públicas? No rebajemos hasta este punto el sexo que nos gobierna, y que nos honra cuando no le hemos envilecido. Para toda la especie humana existe una regla anterior á la opinion; y á la inflexible direccion de esta regla se deben referir todas las demás; juzga á la misma preocupacion: y solo en cuanto con ella se aviene la estimacion de los hombres, debe esta estimacion formar autoridad para nosotros.

Esta regla es el sentimiento interno. No repetiré aquí lo que antes he dicho acerca de él: bástame con notar que si no contribuyen estas dos reglas á la educacion de las mujeres, esta será siempre defectuosa. Sin la opinion no les dará el sentimiento aquella delicadeza de alma que adorna las buenas costumbres con la honra del mundo; y sin el sentimiento la opinion no las hará otra cosa que falsas y deshonestas, que sustituyan la apariencia á la virtud.

Les importa, por tanto, cultivar una facultad que

sirva de árbitro entre ambas guias, que no deje que se extravíe la conciencia, y que rectifique los errores de la preocupacion. Esta facultad es la razon. Pero, ¿cuántas cuestiones se suscitan al pronunciar esta voz! ¿Son capaces las mujeres de un talento sólido? ¿Importa que le cultiven? ¿Le cultivarán con fruto? ¿Es útil esta cultura para las funciones que se les imponen? ¿Es compatible con la sencillez que les conviene?

Los diversos modos de considerar y resolver estas cuestiones hacen que dando en contrarios excesos, los unos ciñen á la mujer á hilar y coser en su casa con sus criadas, reduciéndola así á ser la primera criada del amo: los otros, no contentos con afianzar sus derechos, tambien le hacen usurpar los nuestros; porque dejarla superior á nosotros en las dotes peculiares de su sexo, y hacerla igual nuestra en todo lo demás, ¿qué otra cosa es que trasladar á la mujer la primacia que la naturaleza da al marido?

La razon que guia al hombre para que conozca sus obligaciones es poco complicada; la que guia á la mujer para que conozca las suyas, es aun mas sencilla. La obediencia y fidelidad que debe á su marido, la ternura y solitudes que debe á sus hijos, son tan naturales y palpables consecuencias de su condicion, que sin mala fé no puede negar su asentimiento al sentido interno que la guia, ni desconocer su obligacion en sus inclinaciones que todavía no están alteradas.

No vituperaria indistintamente que se ciñera una mujer solo á las tareas de su sexo, y que la dejaran en una profunda ignorancia acerca de todo lo demás; pero fueran necesarias para eso costumbres públicas muy sencillas, muy sanas, ó un método de vida muy retirado. En pueblos grandes, y entre hombres extragados, seria esta mujer muy fácil de seducir; muchas veces estribaria su virtud en las ocasiones: en este siglo filosófico se necesita una á prueba; preciso es que sepa de antemano lo que le pueden decir, y lo que de ello debe pensar.

Sujeta por otra parte al juicio de los hombres, debe merecer su estimacion, especialmente la de su esposo; no solo le debe hacer amar su persona, sino tambien que apruebe su conducta: debe justificar ante el público la

eleccion de su marido, y honrarle con la honra que á ella la tributen. Ahora bien, ¿cómo desempeñará todo esto, si ignora nuestras instituciones, nuestros estilos y nuestro bien parecer; y no conoce la fuente de los humanos juicios, ni las pasiones que los determinan? Supuesto que depende al mismo tiempo de su propia conciencia y de las ajenas opiniones, menester es que aprenda á comparar estas dos reglas, á conciliarlas, y á preferir la primera solamente cuando ambas se encuentran en oposicion. Se hace juez de sus jueces, decide cuándo se ha de someter á ellos, y cuándo los ha de recusar. Antes de desechar ó admitir sus preocupaciones, las valúa, aprende á llegar á su origen, á precaverlas, á tornárselas propicias; pone atencion en no merecer nunca el vituperio, cuando su obligacion le permite evitarle. Nada de esto puede ejecutarlo bien sin cultivar su inteligencia y su razon.

Vuelvo siempre al principio, y me da la solucion de todas mis dificultades. Estudió lo que existe, averiguo la causa, y hallo al fin que cuanto existe está bien. Entro en una casa de buen trato, donde el marido y la mujer se esmeran en obsequiar á quien los visita. Ambos han tenido la misma educacion, ambos son igualmente corteses, ambos de talento y gusto, ambos animados del mismo deseo de agasajar á sus amigos, y de que se vayan satisfechos con ellos. No omite el marido afan ninguno para atender á todos: va, viene, da vueltas, y se toma infinito trabajo; quisiera volverse todo atencion. La mujer no se mueve de su sitio. un pequeño círculo se reúne á su alrededor, y le oculta al parecer lo demás de la concurrencia: no obstante, nada sucede que no distinga, no sale nadie á quien no haya hablado, ni ha omitido nada de cuanto á todo el mundo puede interesar: ha dicho á cada uno lo que le puede ser agradable, y sin perturbar el orden queda tan atendido el último de la reunion como el primero. Ponen la sopa en la mesa; se sientan á ella: el hombre, instruido de las personas que mas se avienen, las colocará segun lo que sabe; la mujer, sin saber nada, ya habrá leído en los ojos, en el ademan, todos cuantos se encuentran en armonía, y cada uno se hallará colocado como qui-

siera estarlo. No digo que se olviden de nadie en el servicio, pues el amo de casa vigila dando la vuelta; pero la mujer adivina lo que cada uno mira con gusto, y se lo ofrece: cuando habla con el vecino, tiene la vista en el otro extremo de la mesa; conoce al que no come porque no tiene gana, y al que no se atreve á servirse ó á pedir por poca maña ó mucha cortedad. Cuando se levantan de la mesa, cada uno presume que solo ha pensado en él; ninguno cree que haya tenido lugar para comer un bocado; pero la verdad es que ha comido mas que nadie.

Despues que todos han marchado, hablan los dos de lo que ha sucedido. El hombre cuenta lo que le han dicho, lo que hicieron y dijeron aquellos con quienes habló. Si en esta parte no siempre es la mas puntual la mujer, en cambio ha penetrado lo que se dijeron al oido al otro extremo de la mesa; sabe lo que pensó fulano, á qué aludia tal dicho ó tal ademan; apenas se ha hecho un movimiento expresivo que no le haya interpretado en su mente, y casi siempre sin desviarse de la verdad.

El mismo giro de ideas que hace que se aventaje una mujer en el arte de obsequiar á los que van á su casa, hace que se aventaje una coqueta en el de embobar á muchos pretendientes. Sus tretas requieren un discernimiento todavía mas sagaz que el de la cortesía: porque con tal que una mujer sea cortés con todo el mundo, tiene lo suficiente; pero la coqueta perderia en breve su imperio con esta uniformidad sin maña: á puro querer contentar á todos sus amantes, los disgustaria á todos. En la sociedad, el buen modo que se tiene en general, á todos agrada; con tal que á uno le traten bien, nadie se enoja por no ser el preferido; pero, en materia de amor, un favor que no es exclusivo es un agravio. Cien veces mas querria un hombre sensible ser maltratado él solo, que halagado con todos los demás, y lo peor que le puede suceder, es que no le distinguen. Por tanto es preciso que la mujer que quiere entretener á muchos amantes, persuada á cada uno de ellos que es el preferido, y que sea delante de todos los demás, á quienes en presencia de él les hace creer otro tanto.

¿Quereis ver un hombre confuso? Colocadle entre dos

mujeres, con cada una de las cuales tenga conexiones secretas, y contempladle luego qué tonta figura hace. Colocad en el mismo caso á una mujer entre dos hombres, y vereis lo contrario: os maravillará la maña con que engaña á los dos, y hace que cada uno se ría del otro. Ahora bien, si les manifestara esta mujer la misma confianza, y usara con ellos la misma familiaridad, ¿cómo se habian de engañar un instante? Si los tratara igualmente, ¿no hiciera ver que tenian en ella unos mismos derechos? ¡Oh! ¡Cuánto mejor lo hace! Lejos de tratarlos del mismo modo, afecta portarse con ellos con mucha desigualdad; y tan bien se compone, que el halagado cree que es por ternura, y el maltratado cree que es por despecho. Contento así cada uno con su suerte, la ve siempre ocupada de él, mientras que en la realidad solo de sí propia se ocupa.

En el general deseo de agradar, sugiere la coquetería medios semejantes; las manías no harian otra cosa que disgustar, si no las emplease con discrecion; dispensándolas con arte, las hace cadenas mas fuertes.

Usa ogn'arte la donna, onde sia colto
Nella sua rete alcun novello amante;
Ne con tutti, ne sempre un stesso volto
Serba; ma cangia á tempo atto é sembante (1)

¿En qué consiste todo este arte, sino en sagaces y continuas observaciones que á cada instante le manifiestan lo que sucede en el corazón de los hombres, y la facilitan que á cada secreto movimiento que distingue emplee la fuerza necesaria para suspenderle ó acelerarle? Mas ¿se aprende este arte? No; que nace con las mujeres; todas le poseen, y los hombres nunca le adquieren en el mismo grado. Este es uno de los caracteres distintivos del sexo. La presencia de espíritu, la penetracion, las sutiles observaciones, son la ciencia de las mujeres; y la habilidad para valerse de ellas, su talento.

Esto es lo que existe, y ya hemos visto por qué debía

(1) Usa la mujer siempre astutos modos
Por prender en sus redes nuevo amante;
Ni el mismo rostro nunca muestra á todos,
Que á tiempo de ademan cambia y semblante.

ser así. Las mujeres, son falsas, nos dicen. Se hacen falsas. La dote peculiar de ellas es la maña y no la falsía: en las verdaderas inclinaciones de su sexo. aun cuando mienten, no son falsas. ¿Por qué consultais su boca, cuando no es ella la que debe hablar? Consultad sus ojos, su color, su respiracion, su ademan medroso, su débil resistencia: ese es el idioma que les ha dado la naturaleza para que os respondan. La boca siempre dice *no*, y lo debe decir; mas á este *no* junta un acento que no siempre es el mismo, y este acento no sabe mentir. ¿No tiene las mismas necesidades la mujer que el hombre, sin tener el mismo derecho para manifestarlas? Muy cruel fuera su suerte, si aun para sus legitimos deseos no tuviera un lenguaje equivalente al que no se atreve á usar. ¿Ha de hacerla desdichada su pudor? ¿No necesita un arte para comunicar, sin descubrirlas, sus inclinaciones? ¡Cuánta maña no es necesaria para forzar á que le roben lo que desea conceder! ¡Cuánto le importa aprender á agitar el corazón del hombre, sin que al parecer haga caso de él! ¡Qué hechiceras razones, la manzana de Galatea y su desmañada fuga! ¿Qué ha de añadir á eso? ¿Ha de ir á decir al pastor que la sigue entre los sauces, que solo huye con ánimo de atraerle á ellos? Mintiera, por decirlo así, porque entonces no le atrajera. Cuanto mas recatada es una mujer, mas arte debe usar, hasta con su marido. Si; sostengo que estrechando los limites de la zalamería, hace á la mujer modesta y sincera, y forma una de las leyes de la honestidad.

La virtud es una, decia con razon uno de mis contrarios; no se puede descomponer para admitir una parte y desechar otra. Quien la ama, la ama en toda su integridad; cuando puede, cierra su corazón, y siempre cierra su boca á los afectos que no debe tener. No es la verdad moral lo que es, sino lo que es bueno; lo que es malo no debiera ser, y nunca se debe confesar, especialmente cuando le da esta confesion una eficacia que sin ella no hubiera tenido. Si tuviese yo tentacion de robar, y tentase á otro á que fuera mi cómplice diciéndoselo, ¿no fuera rendirme á la tentacion el declarársela? ¿Por qué decís que el pudor hace falsas á las mujeres? ¿Son acaso mas ingenuas, las que le han perdido, que las

otras? Lejos de eso; son mil veces mas falsas. Ninguna llega á este cúmulo de depravacion, como no sea á fuerza de vicios, y los conserva todos, y reinan á la sombra de enredos y mentiras (1). Por el contrario, las que aun no han perdido la vergüenza, las que no hacen gala de sus culpas, las que saben ocultar sus deseos á aquellos mismos que se los inspiran, aquellas que mas trabajo cuesta arrancarles su consentimiento, son las mas verídicas, las mas sinceras, las mas constantes en guardar sus promesas, y aquellas con cuya fé se puede generalmente contar.

No conozco mas que Ninon de Lenclos que haya podido ser citada como notoria excepcion de estas reglas; por eso fué mirada como un portento. Despreciando las virtudes de su sexo, dicen que habia conservado las del nuestro; alaban su sinceridad, su rectitud, lo seguro de su trato, su fidelidad en la amistad; finalmente, para completar la pintura de su gloria, dicen que se habia hecho hombre. Sea en hora buena, pero con toda su alta reputacion, no hubiera yo querido á ese hombre ni para amigo, ni para amada.

Esto no es tan inoportuno como parece. Veo á dónde se encaminan las máximas de la moderna filosofía, que escarnecen el pudor del sexo y su pretendida falsia, y veo que el mas seguro fruto de esta filosofía será quitar á las mujeres de nuestro siglo la poca honra que les ha quedado.

Por estas consideraciones creo que puede determinarse en general la especie de cultura que conviene á la inteligencia de las mujeres, y hácia qué objetos se deben dirigir sus reflexiones desde su juventud primera.

Ya lo he dicho, son mas fáciles de ver que de des-

(1) Bien sé que las mujeres que han tomado á las claras su resolucion en cierto punto, pretenden hacerse estimar por esta franqueza, y juran que, menos esta, poseen todas las otras dotes estimables: mas tambien sé que nunca se lo han persuadido sino á tontos. Quitado el freno mas poderoso de su sexo, ¿qué les queda ya que las contenga? ¿De qué honra han de hacer aprecio las que han renunciado á la suya propia? Habiendo una vez dado suelta á sus pasiones, ya no tiene interés ninguno en resistirse á ellas. *Nec faemina, amissa pudicitia, alia abunere; que la muger, perdido el pudor, á nada se niega.* Ningun autor conoció mejor el corazon humano en ambos sexos, que el que esto dijo.

empeñar las obligaciones de su sexo. Lo primero que deben aprender, es á amarlas, contemplando las utilidades que traen consigo; es el único medio de facilitarlas. Cada estado y cada edad tiene sus obligaciones; y en breve conoce cada uno las suyas, con tal que las ame. Honrad vuestro estado de mujer, y, sea cual fuere la gerarquia en que os hubiere colocado el cielo, siempre sereis una mujer de bien. Lo esencial es ser lo que nos hizo la naturaleza; que siempre somos en demasía lo que quieren los hombres que seamos.

No es propio de las mujeres la investigacion de las verdades abstractas y especulativas, de los principios y axiomas en las ciencias; sus estudios se deben referir todos á la práctica; á ellas toca aplicar los principios hallados por el hombre, y hacer las observaciones que le conducen á sentar principios. Todas las reflexiones de las mujeres, en cuanto no tiene conexion inmediata con sus obligaciones, deben encaminarse al estudio de los hombres ó á los conocimientos agradables, cuyo objeto es el gusto; porque las obras de ingenio vasto exceden su capacidad; no tienen la atencion y el criterio suficientes para aprovechar en las ciencias exactas; y en cuanto á los conocimientos físicos, al que es mas activo, anda mas, ve mas objetos, tiene mas fuerza, y la ejercita mas de los dos, le toca juzgar de las relaciones de los seres sensibles y las leyes de la naturaleza. La mujer que es débil, y nada ve fuera de sí, valúa y juzga los móviles que para suplir su debilidad puede poner en accion, y las pasiones del hombre son estos móviles. Mas fuerte es su mecánica que la nuestra, pues todas sus palancas van á remover el corazon humano. Preciso es que posea el arte de hacer que nosotros queramos todo cuanto es necesario ó agradable para su sexo, y que no puede hacer por sí propio; por tanto, es preciso que estudie á fondo el espíritu del hombre, no en general y en abstracto, sino el de los hombres que tiene cerca, y á quienes está sujeta, sea por la ley, sea por la opinion; es preciso que por sus razones, por sus acciones, por sus miradas y por sus ademanes, aprenda á penetrar sus ideas, y que por las razones, las acciones, las miradas y los ademanes de ella, sepa inspirarles el sen-

tir que le acomode, sin que al parecer ponga atención en ello. Mejor que ella filosofarán acerca del corazón humano, pero ella leerá mejor en el corazón de los hombres. A las mujeres compete hallar, por decirlo así, la moral experimental, y á nosotros reducirla á sistema. Tiene la mujer mas agudeza, y el hombre mas ingenio; observa la mujer, y el hombre discurre: de este concierto resultan la mas clara luz y la ciencia mas completa que pueda adquirir el entendimiento humano en las cosas morales; en una palabra, el conocimiento mas seguro de sí y de los demás, que pueda alcanzar nuestra especie. Y así puede el arte trabajar incesantemente en perfeccionar el instrumento que nos dió la naturaleza.

El mundo es el libro de la mujeres: cuando le leen mal, culpa es de ellas, ó las ciega alguna pasión. No obstante, la verdadera madre de familias, lejos de ser mujer de mundo, poco menos reclusa está en su casa que la religiosa en su clausura. Por tanto, seria preciso hacer con las doncellas que se van á casar, lo que hacen ó deben hacer con las que se meten monjas; enseñarles las diversiones que dejan antes que renuncien á ellas, no sea que la falaz imagen de estas diversiones que no conocen, venga un día á descarriar su corazón, y perturbar la felicidad de su retiro. En Francia viven las muchachas en los conventos; y las casadas frecuentan el mundo: entre los antiguos sucedia todo lo contrario; las doncellas asistian, como ya he dicho, á muchos juegos y fiestas públicas, y las casadas vivian retiradas. Este estilo era mas racional, y conservaba mejor las buenas costumbres. A las doncellas, antes de casarse, les es licita una especie de coquetería; la diversion es su negocio principal. Las casadas tienen otras ocupaciones en sus casas, y ya no necesitan buscar marido; pero no les traeria cuenta esta reforma, y por desgracia son ellas las que mandan. Madres, sean vuestras hijas á lo menos compañeras vuestras. Dadles una razon sana, y un alma honesta, y no les ocultéis luego nada de cuanto pueden mirar los ojos castos. Bailes, banquetes, juegos, hasta el teatro, todo lo que, cuando se ve mal, hechiza una juventud imprudente, se puede presentar

sin riesgo á ojos sanos. Quanto mas vean estos estrepitosos placeres, mas presto les repugnarán.

Ya oigo los clamores que contra mí se levantan. ¿Qué doncella resiste á tan peligroso ejemplo? Apenas ven el mundo cuando todas pierden la cabeza; no hay una que le quiera dejar. Puede ser; ¿pero antes de presentarles esta engañosa imagen, las habeis preparado á que la contemplen sin emocion? ¿Les habeis explicado bien los objetos que representa? ¿Se los habeis pintado como ellos son? ¿Las habeis armado bien contra las ilusiones de la vanidad? ¿Habeis excitado en sus juveniles pechos la afición á los verdaderos contentos que no se encuentran en esta barahunda? ¿Qué precauciones, qué medidas habeis tomado para preservarlas del falso gusto que las extravía? Lejos de oponer en su ánimo algo contra el imperio de las públicas preocupaciones, las habeis mantenido en ellas; habeis hecho que de antemano se prenden de todos los pasatiempos frívolos que encuentran, y haceis que las cautiven cuando á ellos se entregan. Las doncellas cozas que en el mundo se introducen no tienen otra guia que su madre, mas loca muchas veces que ellas, y que no les puede enseñar los objetos de otro modo que como los ve. Mas eficaz su ejemplo que la razon misma, las justifica á sus propios ojos, y es para la hija la autoridad de la madre una disculpa sin réplica. Cuando quiero que introduzca una madre á su hija en el mundo, hago la suposición de que se le ha de enseñar como él es.

Mas antes todavía empieza el mal. Los conventos son verdaderas escuelas de hipocresía, no de la hipocresía honesta de que he hablado, sino de la que produce todas las locuras de las mujeres, y forma las mas extravagantes petimetras. Cuando salen de ellos para entrar de repente en las estrepitosas sociedades, las casadas jóvenes se sienten inmediatamente en su lugar. Fueron educadas para vivir en ellas; ¿qué extraño es que se encuentren bien? No afirmaré lo que voy á decir sin recelo de dar por observacion una preocupacion; pero me parece que generalmente en los países protestantes hay mas cariño en las familias, esposas mas dignas y madres mas tiernas que en los católicos; y si así

fuere, no se puede dudar de que es debida en parte esta diferencia á la educacion de los conventos.

Para que agrade la vida pacífica y doméstica, es preciso conocerla, es preciso haber gustado su dulzura desde la niñez. Solo en la casa paterna se coje gusto á su propia casa; y toda mujer que no ha sido educada por su madre, no querrá educar á sus hijos. Por desgracia, ya no hay educacion privada en las ciudades populosas. La sociedad es en ellas tan general y tan mezclada, que no queda asilo para el retiro, y están las gentes en público hasta en sus casas. A puro vivir con todo el mundo, ya nadie tiene familia, apenas se conocen los parientes; se ven como extraños, y se extingue la sencillez de las costumbres domésticas con la suave familiaridad que su embeleso constituian. Así se mama con la leche la afición á los deleites del siglo, y á las máximas que en él reinan.

Imponen á las solteras una aparente sujecion para hallar tontos que por el exterior se casen con ellas; mas estudiad un instante estas jóvenes; bajo un ademán afectado mal encubren el ánsia que las devora, y ya en sus ojos se lee el ardiente deseo de imitar á sus madres. No ansian por un marido, sino por el desenfreno del matrimonio. ¿Qué necesidad tienen de marido con tantos medios para no hacer uso de él? Pero lo necesitan para tapadera de estos medios (1). En su semblante está retratada la modestia, y la disoluccion alienta en lo interior de su corazon: indicándolo esa misma fingida modestia, que solo afectan para zafarse cuanto antes de sujecion. Mujeres de las grandes ciudades, os ruego que me perdoneis: no hay regla sin excepcion, mas yo por mí no sé de ninguna; y si una siquiera de vosotras tiene honesta el alma, no entiendo palabra de nuestras instituciones.

Todas estas educaciones inspiran por igual en las doncellas la afición de los deleites del mundo, y de las

(1) Una de las cuatro cosas que no podia comprender el sábio, era la vida del hombre en su mocedad; la quinta era el descaro de la mujer adúltera, *quae comedit et tergens os suum dicit: non sum operata malum; quae come, et limpiándose la boca dice: no he obrado mal.* Prov. XXX, vers. 20.

pasiones que en breve nacen de esta afición. En las ciudades populosas empieza la depravacion con la vida, y en las de poco vecindario con la razon. Las mujeres mozas de las provincias, instruidas en menospreciar la dichosa sencillez de sus costumbres, se dan prisa por venir á la capital á participar de la corrupcion de las nuestras; ornados los vicios con el pomposo nombre de talentos, son el único objeto del viaje; y avergonzadas, cuando vienen de tan lejos, al verse tan distantes todavía del noble desenfreno de las mujeres del país, no tardan en hacer méritos para ser tambien ellas vecinas de la córte. ¿Me direis dónde empieza el daño; si donde le proyectan, ó donde le llevan á cabo?

No quiero que una madre de juicio traiga á su hija desde la provincia á la córte para enseñarle estas imágenes tan perniciosas para otras; digo sí, que cuando así lo hiciese, ó está mal educada su hija, ó serán poco peligrosas para ella. Con gusto sano, tino y afición á las cosas honestas, no parecen tan atractivas como lo son para las que de ellas se dejan hechizar. En la córte se notan personas jóvenes de mala cabeza, que vienen á tomar aprisa el estilo del país, y á ser de moda por espacio de seis meses, para ser objeto de befa todo lo restante de su vida: ¿pero quién repara en tantas que desatentadas con el estrépito de la córte, se vuelven á su provincia satisfechas con su suerte comparada con la que otras envidian? ¿Cuántas jóvenes casadas he visto yo traídas á la córte por maridos condescendientes, y con facultad para fijarse en ella, que se lo han disuadido ellas propias, y se han vuelto con mas anhelo que habian venido, diciendo enternecidas la vispera de la partida: «¡Ah! Volvámonos á nuestra choza; que en ella se disfruta mas feliz vida que en los palacios de esta tierra!» No sabemos cuánta gente honrada hay todavía que no ha doblado la rodilla ante el ídolo, y que desprecia su culto insensato. Solo las locas meten ruido: en las cuerdas nadie repara.

Y si no obstante la general corrupcion, las universales preocupaciones, y la mala educacion de las niñas, conservan todavía muchas un juicio á prueba ¿qué será cuando hayan fortalecido este juicio con instrucciones

adecuadas, ó por mejor decir, cuando no le hayan extragado con instituciones viciosas? Porque siempre se cifra todo en conservar ó restablecer los naturales afectos. Para esto no se trata de aburrir á las mozas solteras con vuestras largas pláticas, ni de dictarles vuestras secas moralidades. En ambos sexos estas moralidades son la muerte de toda buena educacion. Lecciones tristes solo sirven para hacer coger aborrecimiento á los que las dan y á todo cuanto dicen. Cuando se habla con doncellas jóvenes, no se trata de que tomen miedo á sus obligaciones, ni de agravar el yugo que les ha impuesto la naturaleza. Explicadles estas obligaciones con una fácil concision, no las induzcáis á que crean que sea penoso su cumplimiento, ni gasteis ademán enojado ó áspero. Todo cuanto se dirige al corazón debe salir de él; tan claro y tan corto debe ser su catecismo de moral como el de religion, mas no tan grave. En estas mismas obligaciones mostradles el manantial de sus contentos y la base de sus derechos. ¿Tan penoso es amar para ser amada, hacerse amable para ser feliz, hacerse estimable para ser obedecida, y honrarse para ser honrada? ¡Cuán hermosos y respetables son estos derechos! ¡Cuán caros para el corazón del hombre, cuando sabe darles valor la mujer! No es necesario que aguarde á la vejez para gozar de ellos: con sus virtudes empieza su imperio: apenas se desenvuelven sus gracias cuando ya reina por la dulzura de su carácter, y hace respetar su modestia. ¿Qué hombre por insensible é inhumano que sea no suaviza su fiereza y toma mas atentos modales al lado de una niña de diez y seis años, juiciosa y amable, que habla poco, tiene aspecto decente y honestas razones, á quien su hermosura no hace olvidarse de su sexo ni de su juventud, y que por su misma cordedad sabe interesar y grangearse el respeto que ella tiene á todo el mundo?

Estos testimonios, si bien exteriores, no son frívolos, ni se fundan en solo el atractivo de los sentidos, sino que nacen de la íntima conciencia que tenemos todos de que las mujeres son los jueces naturales del mérito de los hombres. ¿Quién quiere ser menospreciado de ellas? Nadie, ni aun el que ya no quiere amarlas. ¿Y yo, que

les digo verdades tan duras, creéis que sean para mí indiferentes sus juicios? No; mas aprecio su voto que el vuestro, lectores; á veces mas mujeril que el de ellas. Todavía despreciando sus costumbres quiero honrar su justicia: poco me importa que me aborrezcan, si las obligo á que me estimen.

¡Cuántas cosas grandes se harían con este resorte si supieran ponerle en acción! ¡Desventurado el siglo en que pierden las mujeres su ascendiente, y nada valen sus juicios para los hombres! Ese es el último grado de la depravacion. Todos cuantos pueblos han tenido buenas costumbres han respetado á las mujeres: véase Esparta, véanse los germanos, véase Roma, Roma el emporio de la gloria y la virtud, si alguna vez le han tenido en la tierra. Allí las mujeres honraban las proezas de los capitanes esforzados; allí públicamente lloraban á los padres de la patria; allí eran consagrados sus votos ó su luto como el juicio mas solemne de la república. Allí todas las revoluciones grandes procedieron de las mujeres; por una mujer logró Roma la libertad, por una mujer alcanzaron el consulado los plebeyos, por una mujer dió fin la tiranía de los decenviros, por las mujeres fué libertada Roma de manos de un proscrito. Lindos del día, ¿qué hubiérais dicho al ver pasar tan ridícula procesion ante vuestros mofadores ojos? La hubiérais acompañado con burlas y silbidos. ¡Con cuán distintos ojos vemos los mismos objetos! Acaso todos tenemos razon. Fórmese esa comitiva con lindas españolas, y no conozco cosa mas indecente; pero compongámesla de romanas y todos tendremos los ojos de los volscos y el pecho de Coriolano.

Mas diré: sostengo que la virtud es tan propicia al amor como á los demás derechos de la naturaleza, y que no menos estriba en ella la autoridad de las amadas que la de las esposas y madres. No hay verdadero amor sin entusiasmo, ni entusiasmo sin un objeto de perfeccion, real ó fantástico, pero siempre existente en la imaginacion. ¿Con qué se han de inflamar los amantes para quienes no existe esta perfeccion, y que en lo que aman solo ven el objeto de los deleites sensuales? No; no se enciende así el alma, ni se entrega á aquellos